

A PROPÓSITO DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA MODERNIZACIÓN

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Sr. Presidente,
Sres. Académicos:

Gracias a la espléndida iniciativa de nuestro compañero Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón y a la ayuda de una serie de expertos españoles y de otros países, a través de la Max-Planck Gessellschaft, disponemos como realización de esta Real Academia, de un volumen que aborda nada menos que la cuestión de las ciencias sociales y la modernización de España, dentro del fenómeno más amplio de la modernidad, de la postmodernidad y de la modernización.

A principios del pasado siglo xx, como expuso Fernández Galiano en un viejo ensayo, Alemania era la referencia intelectual obligada en el mundo entero. Eran los momentos en los que en física, no sólo investigaba Röntgen, sino que era cuando Einstein atinaba con su ecuación fundamental que ha revolucionado al mundo. Pero eso sucedía también en la citología, en la filosofía, en los estudios sobre derecho romano, en matemáticas con Cantor y la teoría de conjuntos, o cuando Schliemann descubría a Troya. Si España quería modernizarse, debería contemplar a Alemania. También parecía que eso sucedía en el terreno económico. Alemania, en 1820, según nos expuso en sus minuciosos trabajos estadísticos Angus Maddison, tenía un PIB por habitante que era el 104,6 por 100 del español; en 1900, era el 153,6 por 100 del nuestro. Contemplar cómo lo habían hecho los alemanes podía convenirnos en alto grado.

Por otro lado, se admiraba, desde una España convulsa, lo que había sucedido en Alemania mientras aquí nos enfrentábamos con la difusión del esparta-

quismo agrario andaluz, con aspectos tan escalofriantes como el asunto de la Mano Negra. En 1883 tuvo lugar el controvertido juicio a sus miembros, símbolo de crisis de un país que en la Internacional apoyaba a Bakunin frente a Marx. Mas he aquí que simultáneamente a nuestra Mano Negra, en 1883, Bismarck había puesto en marcha, de la mano de la Verein für Sozialpolitik, un amplio conjunto de seguros sociales obligatorios que se inician precisamente con la ley de 13 de junio de 1883, al implantar el seguro obligatorio de enfermedad que da la impresión, dejando a un lado la literatura del órgano socialista *Vorwärts*, de crear una estabilidad sociopolítica colosal en el Imperio alemán.

Aparte de ello, en la cultura española pasaba a tener gran importancia la impronta del krausismo y, a partir de ella, eran lógicas todo tipo de excursiones a Marburgo. Creo que se me entiende.

En ese momento de renovación de la ciencia española que tuvo lugar hace un siglo y que tan bien ha sabido enjuiciar Martín Municio, quienes trabajaban las ciencias sociales no podían dejar a un lado lo que, sobre ellas se elaboraba en la Universidad alemana. Naturalmente, eso es lo que pasó con la Economía, y aconteció, conviene decirlo con claridad, en nuestro daño.

Lo ocurrido nos lo relata muy bien Pedro Tedde de Lorca. Todos sabemos la importancia que tuvo para la investigación y la docencia de la economía el grupo de economistas encabezado por Antonio Flores de Lemus. La síntesis de lo sucedido queda perfectamente aclarado por el profesor Tedde de Lorca: «La proyección alemana de este grupo queda justificada por la influencia de su maestro, quien recomendaba, a los alumnos que manifestaban su voluntad de perseverar en el estudio de la economía, la lectura atenta del *Grundriss* de Schmoller. La etapa siguiente era, en la mayoría de los casos, y después de finalizar la tesis doctoral, la estancia, más o menos prolongada, en alguna prestigiosa universidad alemana. A la financiación de muchos de estos desplazamientos contribuyó, de modo muy importante, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907, a propuesta del entonces Ministro de Instrucción Pública Amalio Gimeno. La Junta para la Ampliación de Estudios se organizó según el modelo iniciado en Alemania por el *Kaiser Wilhelm Institut* y el *Physikalisch-Technische Reichsanstalt* y continuado, más tarde, en otros países. Por otra parte, la influencia de algunas personalidades vinculadas a la Institución Libre de Enseñanza en la Junta para la Ampliación de Estudios era evidente. La vinculación de muchos de estos primeros discípulos de Flores de Lemus con la Junta para la Ampliación de Estudios estuvo facilitada por el hecho de que dicha Junta encargó a Flores de Lemus, en 1914 —es decir, cuando aún era Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Barcelona— la dirección de los pensionados españoles que iban a estudiar al extranjero».

Pero con eso se introducían todos estos jóvenes economistas en una Universidad alemana que, al contrario de lo que sucedía en las otras ramas del saber, se había esclerosado al seguir sus profesores los senderos del historicismo. Schumpeter, que conocía muy bien la polémica con su *Epochen der Dogmen-und Methodengeschichte*, así nos lo ha relatado años después con muchísima viveza: «Si todo lo que hacía falta para afirmarse como economista y abrirse carrera académica como es debido, era saber describir las prácticas comerciales de los distribuidores de leche y adherirse fervorosamente a los ideales de la *Verein für Sozialpolitik*—sin duda glorificados con un poco de filosofía y otros elementos de la cultura alemana—, no puede sorprendernos que la oferta se adaptase al carácter de la demanda. De este modo, hombres excelentes dejaron de interesarse por las superiores esferas de la invención y del rigor científicos», con la coletilla terrible colocada por Schumpeter de que «no hay duda de que gran parte de... (su) trabajo fue más bien pedestre», que amplía con una excursión a la historia de la literatura: «Los que admiran la magnífica capacidad de Henrik Ibsen de pintar sus personajes con unos pocos rasgos cargados de significación, apreciarán el hecho siguiente. En *Hedda Gabler*, Ibsen quiere producir lo más rápidamente posible la impresión de que uno de los dos personajes masculinos, el marido de Hedda, es una gris mediocridad académica, por no decir un necio. ¿Y qué es lo primero que se le ocurre a Ibsen comunicar al lector o espectador? Que el doctor Tessman acaba de terminar una obra sobre la industria del lino del Brabante en el siglo xvi...». De milagro los miembros de la Escuela de Flores de Lemus no retornaron todos convertidos en profesores Tessman.

Mientras tanto, en la ciencia económica había tenido lugar la revolución marginalista, continuadora y aclaradora del mensaje de los grandes clásicos, que entra en dura colisión con el historicismo alemán cuando en uno de los tres núcleos neoclásicos, Viena, como consecuencia de una dura recensión de un libro de Menger por Schmoller, se decide iniciar la tremenda polémica de la *Methodenstreit*. De ella salió pulverizado el neohistoricismo, pero la Universidad alemana y su Ministerio de Instrucción pública, no lo percibieron, porque los historicistas ocupaban todos los intersticios de los mecanismos de acceso a las cátedras. El daño fue colosal. Preferir Schmoller a Marshall supuso un abandono español al asalto a la modernidad con costes considerables.

De esa quema sólo se salvó nuestro compañero José María Zumalacárregui, pero el arraigo del mensaje alemán era tan fuerte que alrededor de su discurso de ingreso en esta Real Academia con su importante aportación titulada *La Ley estadística en la economía*, aún se observan reacciones críticas, absurdas ya en aquella época, pero que pervivían entre nosotros.

De la mano de Pedro Tedde vemos muchísimo de esto, que, al final, tiene su salvación también, gracias a un alemán, Stackelberg, de vida política interesantísima —caricaturizada de modo simplista e intolerable por Angel Viñas—, profesor germano que consigue que Alemania retome un papel central para que nuestros economistas avancen hacia la modernidad. Lo hace nada más pisar tierra española, en una conferencia que pronunció en la Universidad de Madrid, que tituló *La ciencia y la práctica de la economía*, donde, por cierto, lanza dardos al keynesianismo triunfante entonces, que ampliará en su artículo «Interés y dinero». Tedde de Lorca nos lo puntualiza muy bien con estas palabras: «En *La ciencia y la práctica de la economía*, Stackelberg observa los paralelismos existentes entre la teoría económica y la física teórica, y entre los procedimientos de investigación matemática y estadística utilizados en ambas ciencias. Stackelberg menciona y explica el desarrollo de la aplicación estadística a la investigación económica que Tinbergen llevaba entonces a cabo. Más adelante cita a su compatriota Walter Eucken en su crítica a Schmoller y dice textualmente: «Al colocarse la ciencia económica en la posición metodológica retrospectiva del historicismo renunció a la misión de guía de la práctica y se convirtió en un mero adorno». Termina el texto Stackelberg expresando su defensa de la ciencia liberada del directo utilitarismo».

En este trabajo no se menciona la fuerte influencia de otro gran profesor alemán, Eucken, en el mundo intelectual y universitario español. Nada menos que cinco profesores —cronológicamente, nuestro compañero Valentín Andrés Álvarez, nuestro compañero Alberto Ullastres Calvo, nuestro presidente, en un curso que compartí con él de Estructura Económica, Enrique Fuentes Quintana, más Ramón Trías Fargas en repetidas alusiones y en alguna medida nuestro compañero Juan Sardá— resultaron influidos por Eucken y las doctrinas relacionadas con la Escuela de Friburgo.

Los alemanes nos trajeron, pues, a España, todo un duro combate entre dos concepciones que enuncia así Mefistófeles en *Fausto* de Goethe, en diálogo con el Estudiante:

Gris, caro amigo, es toda teoría,
Y verde el dorado árbol de la vida.

Todos sabemos que un consejo del diablo es para perdernos. Pero, al final, esa afirmación de Mefistófeles que enlaza con la advertencia de que si el Estudiante sigue sus consejos «habrá de horrorizarse algún día», se disuelve porque como dicen los ángeles, también en el *Fausto*, y eso sucedió con los economistas españoles, mis maestros,

Quien siempre aspira y se afana
A ese podemos salvar.